

Prosas

Por Agustín de Foxá

(En España al promediar el año, falleció este ilustre escritor del cual dijo alguien con certeza: "Además de poeta, que es lo que fue y con cuya pasión caló sustancialmente la suma de sus escritos y de su vida, fue Foxá mantenedor extraordinario de dos cosas: de muy poquitos Juegos Florales y de un perdido estilo de escritor vivo, de ingenio en lengua y de generosidad en flor, que el pobre vivir de hoy ha hecho desaparecer casi por completo". Recuerdo de su estada muy breve en América es esta página que reproducimos como homenaje a su memoria).

EL MEGATERIO Y CARLOS III

Es muy del siglo XVIII, muy de empelucados abates o botánicos, este museo de la ciudad de La Plata. Se sube por una escalinata laica, de asamblea o parlamento, con dos enormes "esmilodontes" o tigres de "dientes de sable" en bronce dorado, echados a la entrada. Y en hornacinas, los bustos de los padres de la religión de la Ciencia: Azara, Darwin, Humboldt...

Ambiente de "Las tardes de la Granja", cuando el viejo Palemón narraba bajo el emparrado sus historias morales; y también de la "Veladas de la Quinta", en que se hablaba de los "oasis", del pararrayos de Franklin o del terremoto de Lisboa.

Era el siglo en que las amadas, en sus columpios, con los rosados y juveniles escotes de Fragonard, se las enviaba como regalo una colección de mariposas o de insectos raros del Brasil.

Aquí hay también la historia del "Megaterio", cuyos enormes huesos aparecieron, a dos horas de La Plata, en el lecho del cercano "Río Salado".

Los obreros de entonces todavía creían que se trataba de huesos de hombres-gigantes o bien reliquias del inmenso San Cristóbal.

Pero ya el Virrey, con su casaca de color tabaco con espigas bordadas, era, sin duda, lector de la Enciclopedia y amigo de Flori-

dablanca o de Diderot y estaba iniciado en la Historia Natural y en la física recreativa.

Estos empolvados sabihondos se entusiasmaron, sin duda, con el hallazgo y enviaron los negros huesos al Museo de Madrid, donde están ahora, armados, en los altos del antiguo hipódromo, frente a los nuevos ministerios. Aquí se conserva la réplica en pasta del esqueleto; y cuentan que el Rey Carlos III —que ya usaba en su dedo el camafé sacado de las excavaciones de Pompeya— mandó, al recibirlo, que se organizara una partida de caza por los fríos bosques de Neuquén, a fin de conseguir un megaterio vivo. Pretensión que produjo las respetuosas sonrisas de los iniciados.

El animal era una especie de oso gigantesco, de tamaño superior a un elefante, de pelo gris y pacífico comedor de hojas. Sus descendientes, degenerados, son los perezosos que todavía hemos visto colgando en Venezuela de los árboles tropicales.

Esta historia del “megaterio” y Carlos III tiene más malicia de lo que parece a primera vista. El “megaterio” no estuvo en el Arca.

Describiendo huesos y reptiles con alas, se pretendía atacar a la Biblia. Y de rechazo a la Monarquía y a todo lo que de intuitivo, simbólico y espiritual quedaba de la Edad Media.

Hablando de “megaterios”, y herborizando en Neully con su casaca de “Nankin”, Robespierre hizo caer la cabeza de Luis XVI.

Y pocos años después de la llegada a Madrid del megaterio era destronado el obeso hijo de Carlos III.

El director, Macdonough, nos va mostrando las fabulosas osamentas; los costillares, que merecían haber sido montados en un astillero; los fémures, como telescopios. Y, colgando del techo, un pulpo gigantesco, como una lámpara de catedral.

Este Museo de La Plata, uno de los mejores del mundo, fósiles del Terciario, hubiera sido el sueño de Buffon, la alegría de Jovellanos y del padre Feijoo, y merecería una fría décima de Moratín.

Ved los grandes mamíferos del período pampeano, que fue la “Edad de Oro” de la fauna de La Pampa.

“Los mastodontes —nos explican— entraron por el Estrecho de Behring, con sus enormes defensas, con la raíz abierta. Llegaron al Plata bajando del Altiplano de Bolivia”.

En los inmensos y altos herbazales convivían, hace unos doce mil años, los “tosodontes”, la gran llama o “macraauchenia”, los “megaterios” de pelaje ceniza, los lentos “milodontes” con huesos déricos, cuya carne momificada y su estiércol se conservan en una vitrina; los misteriosos perros aborígenes y los carniceros “esmilodontes”, de dientes como ensangrentados sables, al acecho, en el crepúsculo, en los grandes abrevaderos o quietas lagunas.

El hombre antiguo de La Pampa cazó a los monstruosos “glitodontes”, que eran como fabulosas tortugas o galápagos terrestres, animales exclusivamente americanos, hechos gigantes en Patagonia, y cuyas corazas, no articuladas, semejantes a mosaicos o puzzles de huecillos, sirvieron de techos a sus chozas primitivas. Volcándose y arrojándose al fuego, los hombres metían sus brazos en aquellas sopeiras de sangre.

Al pasar el umbral de esta sala retrocedemos en el tiempo hasta ciento veinte millones de años.

Son los grandes "saurios" que horrorizaron a la Tierra. Porque cuando se movía un rebaño de "iguanodontes", erguidos sobre sus tremendas patas, debería parecer que una ciudad se trasladaba de lugar. Nos muestran los huesos marinos del "ictiosaurio", de más de diez metros de longitud, mojado por la espuma lejanísima de los mares jurásicos.

Son como tambores las vértebras del "plesiosaurio". Y aquí la mandíbula de dragón del "titanosaurio". Y el "diplodocus", de veinticinco metros, enfragado en las lagunas calientes, cuya cola fue el más poderoso látigo que azotó jamás a la tierra.

Y el "húmero" de un "argirosaurio". Y como el tronco de un cedro centenario, el fémur del "antartosaurio", de más de cuarenta metros, que era como un tren de verdosa carne, por el espanto helado del Sur.

¡Terribles reptiles levantados bajo los helechos y sobre la arena roja del Terciario!

Pero lo más impresionante es esta huella. Los cinco dedos de un reptil gigante han quedado impresos sobre una greda fósil. Parece que el animal, que la enorme bestia, acaba de pasar. Que hace unos segundos —y son millones de años— que levantó su tremenda pata fría, dejando este rastro.

"Es el mundo después del pecado", comenta mi inteligente compañero Antonio Poch, que me acompaña. Y pienso que únicamente un español es capaz de sacar consecuencias teológicas de una visita a los fósiles.

En la sala de arriba está la colección de insectos. Seiscientos mil ejemplares. Los mismos monstruos, pero a otra escala. A la de Gulliver, por ejemplo.

Deliciosa evocación de una tarde del XVIII. Porque después vamos al observatorio para contemplar al nuevo "Cometa". Astros y fósiles. La Naturaleza, con N mayúscula. Animales moralizadores, como la hormiga de La Fontaine, como la ardilla o la mona de Samaniego o Iriarte.

Las jóvenes duquesas de entonces, según cuenta Paul Hazard, iban en sus carrozas a la calle del "Mouton" para que el abate Nollet las electrizase. Y el señor Lagny muere diciéndole a Mme. Maupertius cual es el cuadrado del número doce.

Los obreros del virreinato de La Plata embalarían entre serrín, en una tarde rosa como ésta, los huesos del primer megaterio que iba a Europa, consignado al Rey Carlos III.

Era el triunfo de los filósofos y de las "luces" sobre la sugestión medieval. Era una reliquia científica para los fracsmasones; y ¡cómo se comentarían en las chocolatadas fabulistas del Conde de Aranda o en las tertulias "ilustradas" de Floridablanca! El Rey inauguraba jardines botánicos y observatorios. Y expulsaba a los jesuitas.

Pero tenía mucho intrínquis esto del "megaterio".

El caso es que unos pocos años después de su llegada a Madrid, los hijos, nietos, bisnietos y tataranietos del Rey, o volvieron del destierro o fueron desterrados.

EL REBAÑO DE LAS LLAMAS EN EL AERODROMO

“Cuando en el río Xauxa —afirma el conquistador Acosta— vieron los indios formar los arcos de imbría y, después de hecha la puente, vieron derribar las cimbrías, echaron a huir, entendiendo que se habría de caer luego toda la puente, que es de cantería. Como la vieron quedar firme y a los españoles andar por encima, dixo el cacique a sus compañeros: Razón es servir a éstos, que bien parecen hijos del Sol”.

Porque toda la América precolombina, desde Alaska a Patagonia, desconoció la bóveda y la rueda.

En las lejanas noches de su abandono, sola entre el Atlántico y el Pacífico, vieron sus hombres rodar a los osos por las laderas, y a los guanacos heridos despeñarse y el gran tronco del árbol que, girando hasta el río, con cientos de ruedas posibles, les enseñaba, en vano, el gran invento.

Pero estaba decretado que lo ignorasen. Como cuatro mil años de delicada pintura egipcia no llegarían al ojo de perfil, como el desconocimiento de los vasos comunicantes llenó al mundo romano de acueductos, ¡y cuántos millones de manzanas cayeron maduras en los huertos de Europa, sin que, levantándose a los astros, se descubriera la ley de la gravitación!

A América le faltó el Newton azteca o peruano que, al ver rodar a un árbol, inventase el carruaje.

Cierto es que también estaban desposeídos del caballo.

La llama, que era su único cuadrúpedo doméstico, no tiene fuerza para el tiro. Es un animal muy misterioso. La leyenda afirma que se trata de una princesa inca encantada. Y tiene ojos grandes, húmedos y dulces de mujer.

Sus glóbulos rojos, y esto es extraordinario, no son redondos, sino elípticos. Y he leído en un estudio de un naturalista en Arequipa que si se coloca un cordón a la altura de su cuello, se destiene, “porque no se le ocurre retroceder un poco y bajar la cabeza para evitar el obstáculo”. Acaso imagina un mágico muro de cristal.

Enfermo, por la “Puna” del altiplano, el Conde de Keyserling encuentra un rebaño “que recorría la comarca vendiendo su estiércol a los hombres ateridos, y vi la llama conductora, un corpulento animal que llevaba suspendida al cuello una cajita para el dinero, y cobraba y custodiaba el importe de la venta”.

Desafiante, erguido el cuello y apuntalados los labios para escupir, evocó en mí la visión de la “Madre Primera del Universo”.

Y corroborando este sentido maternal, adivinado por el conde báltico, los indios del Cuzco aseguran que la llama que no tiene cría en el año muere irremisiblemente.

Yo he visto —en mi viaje al Alto Perú— a los cuzcanos en sus irisados ponchos rojos, con su gorro como una cresta de gallo con orejas, y a las mujeres con su sombrero del XVIII, como una seta invertida y un borde de galón de oro y sus cinco faldas de colores, acudir por el alegre valle del Vilcanota, entre azules lejanías andinas, a Pisac, para asistir a la Misa de los Alcaldes indios.

Y entre ellos, con voluptuoso andar, iban las llamas femeninas con pendientes en las orejas agujereadas, adornadas con cintas rosas. No se atrevían a gritarlas “¡arre!”, como a nuestros pacientes rucios. Se limitaban a susurrarlas en el oído dulces y misteriosas palabras “quechuas”, el milenarismo idioma de los incas que ellas conocen.

Las había blancas y salpicadas de manchas canela y negra, como las sacrificadas en Kenko, cuya sangre, al bifucarse por las rocas, servía para las profecías agrícolas. E iban cargadas con pequeños sacos sobre sus lanudos lomos. Porque no soportan más de cuarenta y seis kilos, y si se les añade unos más, se resisten con precisión de balanza, se tiran al suelo y ya no se mueven. Y es inútil azuzarlas; ni las conmueve la imprecación ni las agita la súplica. Patalean, gritan y sollozan como una mujer, escupen a la cara y mueren de rabia, sin levantarse del sitio.

Posiblemente, este mimo de la llama hizo inútil la gran lección del árbol rodante; como, por el contrario, en Asia y en Europa, la espléndida fuerza muscular del caballo suscitó la rueda.

Por esto, los incas, tan semejantes en algunos aspectos a los egipcios, desconocieron el carro de guerra con emplumados corceles de los Faraones, y recorrieron todo el extenso Tahuantisuyo, las Cuatro Partes del Mundo (que es el nombre inca del Perú), en andas de oro, llevadas a hombros por sus nobles “orejones” de telas ajedrezadas.

Nada me ha impresionado en mi viaje como las escondidas “Chulpas” en el borde desolado del alto Titicaca. Se trata de monumentos funerarios, como las Torres del Silencio, en cuyo interior las momias, en cuclillas, sentadas en círculo, se contemplan en una macabra tertulia. Tienen algo de castillo europeo, y en su coronamiento las piedras bien labradas se aproximan. Unas cuantas más, y la clave en su centro, y ya estaba descubierta la bóveda, cambiando toda la arquitectura americana. Pero no llegaron.

La ignorancia del arco les obligó a tender puentes colgantes, de bejuco, a inmensas alturas, sobre la espuma bramadora de los torrentes, como aquel cimbreado con el viento, roto en 1714, que inspiró a Thornton Wilder su fatalista “Puente de San Luis Rey”.

Como no tuvieron la preocupación de los carros, los ingenieros incas no buscaron para sus caminos el curso de los grandes ríos, las llanuras y valles, ni contornearon trabajosamente las montañas. Libremente se lanzaron a las alturas.

Sus grandes vías, la que va de Cuzco a Quito, la que penetra en Chile, como senderos de hormigas, todavía serpentean, a trozos, por las azules cresterías nevadas de los Andes. Por esas alturas debieron

hacerse los más bellos viajes de la tierra. Y, sin embargo, por esos caminos, los “chasquis” o indios corredores (que se relevaban cada tres kilómetros en Tambos, donde les daban reposo y alimentos, mientras otro partía veloz con el mensaje) lograron llevar fresco el pescado del Pacífico al lejanísimo Palacio del Inca en el Cuzco.

América (sin lentos siglos de carros babilónicos, de corceles del Partenón) pasa casi de las andas y la llama a la diligencia y el ferrocarril.

Hay pocas carrozas en América; escasas galeras de viaje o aceleradas. No abundan los mesones para la posta.

Pero la rueda resuelve bien poca cosa; los viajes siguen siendo interminables, porque en América rige otra dimensión. Figuraos que un chileno que quiere ir del Norte de su país hasta el Sur, recorre una distancia aproximada como la que media entre Escocia y Teherán, capital de la Persia.

Aquí se hacen “fines de semana”, como de Madrid a Moscú; veraneos, cual si la gente de Cádiz fuera a bañarse al Báltico.

No es necesario acudir a las penalidades de los viajeros clásicos: Humboldt, Spruce, Darwin; a las peripecias y dificultades de Hadfield, por el Plata y el Paraguay; de Schmidt, de M. Briard por el Brasil de don Pedro II; de la bella y delicada Flora Tristán (fundadora, antes que Marx, de la Unión Obrera), atravesando a caballo el desierto, entre Arequipa y Mocendo, y empleando meses para arribar a Lima...

Basta recordar lo que eran los viajes por la inmensa América hasta hace unos pocos años. Hasta la generalización del avión. Porque América, incorporada al mundo al principio de la Edad Moderna, necesitaba su vehículo, y lo ha encontrado.

El avión, concretándola, disminuye sus gigantescas proporciones asiáticas para darle una civilizada dimensión europea.

Pronto desaparecerá de ella la rueda, como antes del Descubrimiento.

Hace unos meses veía en el aeródromo de La Paz a un rebaño de llamas que pastaban entre los grandes trimotores. Una vez más se cerraba el ciclo.

El continente sin ruedas se lanza volador hacia las nubes; como los caminos del inca entre la nieve rosada, como los indios del Ecuador, que todavía toman la semilla negra del Shansy en el cuenco de la mano para sentir la sensación de volar y se ensangrientan al caer por los barrancos.

TERTULIA EN BOGOTA

A la residencia de “Santa Fe”, en la ciudad de Bogotá, han venido a vernos muchos poetas colombianos.

Colombia es, desde antiguo, la ciudad de la poesía. Ellos mismos, con gran sentido del humor, hacen burlas y cuentan la anécdota

del bogotano poeta, quien encontrándose en la calle con otro hijo de las "musas", le amenaza con su revólver lírico:

—Si me lees, te leo.

Verdaderamente hablan con precisión, con justeza, el castellano. Los choferes de "taxi" os dicen que han sido pretéridos.

Desde su fundación, Colombia se ha ufanado y envanecido de su tradición intelectual.

Nuestro conquistador Ximénez de Quesada —me dicen—, fundador de Santa Fe, a orillas del río Bogotá, era un erudito, un humanista.

Evidentemente, fue el más culto de los conquistadores. La mayoría de ellos eran hombres poco letrados. Lo cual no es un grave inconveniente, porque muchas veces no hay nada más culto y civilizado que la acción. Antes de nuestra guerra he conocido a hombres finísimos que tenían retratados los más pequeños detalles de unos capiteles, quienes después de pronunciar un discurso imprudente vieron arder cientos de iglesias con miles de capiteles. Y, en cambio, a escuadrones de caballería que, con su sola presencia, resguardaron tesoros de cultura y de arte.

Pizarro, según parece, no sabía leer ni escribir. Sin embargo, en Perú, en la inmensa Bolivia, se habla castellano y "se reza a Jesucristo" gracias a él.

Existe la tradición de que Atahualpa (con quien jugaba al ajedrez después de haberle hecho prisionero en Cajamarca) se hizo escribir, por un español que le guardaba la palabra "Dios" en la uña del dedo pulgar. Y comprobó, con asombro, que todos a quienes mostraba su uña, sin ponerse de acuerdo, le repetían la palabra mágica. Era el asombroso milagro de la lectura, del alfabeto, que ata con sus débiles rasgos, con sus lazadas impalpables, a algo tan inaprehensible como es la idea.

Por eso los indios peruanos llamaron a las cartas "los papeles que hablan", y se las acercaban al oído, esperando percibir un rumor de ideas, como el de las caracolas marinas que tienen dentro el ruido del océano.

Pizarro era de los pocos capitanes que no pudo leer aquellos misteriosos parlantes. Atahualpa no ocultó su desdén hacia él, lo que fomentó —dicen— el rencor en el corazón del heroico extremeño.

No soy erudito y no sé cuanta verdad encierran estas hablillas del siglo XVI, que todavía se repiten entre los taxis de Bogotá o de Lima, como si hubieran aparecido en la "última hora" del periódico.

En Lima, en su Ayuntamiento, me mostraron el acta de su fundación con el nombre de la "Ciudad de los Reyes" (porque se fundó el día de los Reyes Magos), y hay en ella dos firmas de don Francisco. Pizarro tejía una rúbrica enrevesada, con un cestillo gitano, con florituras en los extremos, y dentro de aquellos arabescos caligráficos, en un hueco blanco, su secretario escribía el nombre del Conquistador.

Pero en una de las firmas, sin duda, no estuvo presente el secretario, y allí quedó la rúbrica sin el nombre, como una rama sin nido.

De Ximénez de Quesada se editó, en Colombia, uno de los más curiosos de sus libros. Ayer he visto su tumba en esta catedral de Bogotá, tan parecida a la de Lima, pero con torres más macizas.

Los santafecinos se enorgullecen de una frase de Bolívar, quien dijo que Caracas era un cuartel, Quito un convento y Bogotá una Universidad.

En Bogotá hay calles y salones y plazas, con horas antiguas y serenas. Y miradores de madera para que las muchachas borden, entusiasmadas en sus sueños. Y grandes balcones, que anuncian recónditas alcobas, con espejos y muebles enfundados.

De pronto, el zarpazo de la revolución, el "bogotazo" que dejó su huella de incendio; solares con cascotes y muros amoratados y manzanas de casas por el suelo; restos del fuego, del saqueo y de la sangre.

La muerte de Gaitán preluvió todo aquello. Era liberal, pero difícil de definir. Parece ser que era un nacionalista con ideología de izquierdas. En todo caso es un muerto que todavía vive; un muerto sin cementerio y sin reposo. Está enterrado en el comedor de su casa.

Pasead por la calle Séptima; la acera queda cortada por unas cadenas. Semeja un puesto para venta de flores; ramilletes, pétalos caídos y alguna luz, y el retrato, a todo color, del muerto. Todo junto a una tienda de fotografías. Parece que acaba de suceder el asesinato.

—Aquí cayó —me dicen.

La acera se ha convertido en lápida.

Pasan los campesinos con blancas ruanas (¿de rúa, calle?). Son unos pequeños ponchos que se meten por la cabeza, mucho más cortos que los argentinos, y aun que los irisados de los "huasos" chilenos.

En los cafés, el chocar marfileño de las bolas del billar. Bogotá es una ciudad para tertulias; para interminables y deliciosas charlas con amigos, esperando el verde fresco de la madrugada.

Hemos dicho versos y los hemos oído por todas partes.

Unas veces declamamos en la barra de un bar; otras, en un típico restaurante, ante un buen "tamal", o ese delicioso pez llamado "capaz" del Magdalena, o un incendiario "ajiaco de pollo".

¡Oh "sancocho" de gallina con plátano verde, inolvidables papas "chorreadas sobre barriga", regadas con versos de Valencia o de Barba Jacob, con poemas de todos los "piedra-cielistas" o "cuadernícolos" de la culta y universitaria Santa Fe!

Una ovación. ¿Al verso? No, es que ha entrado, majestuoso, como un barco, el humeante "cuchuco", la sopa de maíz con espinazo de marrano.

Con espinazo de conservador —dice, burlesco, un liberal.

Y los conservadores ríen liberalmente.

Y también las tertulias acogedoras del finísimo poeta Eduardo Carranza en la Biblioteca Nacional, con sus ventanales que aprisionan, como un buen lente fotográfico, las imponentes montañas y su Cristo sangriento. Y uno de estos globos terráqueos que nuestra Villarroel (el astrólogo que predijo la muerte de Luis XVI) denominó "libro redondo".

A veces, en medio de esos poemas, sonaba el “tiple”, la guitarra colombiana.

¡Qué pena tendría ese pobre
Que anoche en el callejón
Iba llorando y cantando
¡Hijo de tal, corazón!
La india se fue con otro,
Y él, al verse sin compañía
Llamó al perro, quemó el rancho
y se echó el “tiple” a la espalda.

Y el final, patético, con los últimos licores y ya el temblor de la madrugada:

El tiple quedó en la orilla
El perro late que late,
Y abajo, en el remolino,
Un jipi y un alpargate.

¡Un “jipi” flotando y un alpargate! (alpargate y no alpargata, dice Cervantes en Rinconete y Cortadillo), como resumen de un hombre desesperado. -

Ahora declama Eduardo Carranza:

Teresa, en cuya frente el día empieza

Es un bellissimo poema.

¡Teresa —observa Panero— rima con empieza porque no has pronunciado la *c*, de Eduardo.

Pero ese reproche es injusto en América. Porque desde Florida a Patagonia, la *c* ha muerto en este Continente. Mejor dicho, no ha nacido nunca. Esa letra es una de las pocas cosas que no embarcó en las carabelas.

Ya está ameneciendo. Se ve en el rosa de los vasos de “whisky”.

MAÑANAS HABANERAS

¡Qué alegre es la mañana de La Habana! El mar está añil bajo la fortaleza del Morro. Se riza de espuma y salpica, llenando de charcos el Malecón. Y hay un olor a sal fresca.

“Ese barco viene de Miami”.

Pasa el heladero de Hatuey, con su carrito cascabeleante de timbres; su coco helado es la única nieve de La Habana.

¡Qué placer éste de sentarse en el alto tronco de los limpia-botas y recibir el vaho, fresco de tinta, de los periódicos matutinos, el **Diario de la Marina** o **Alerta**, mientras nos descansan, lustrándonos, los zapatos. La mano del negro se confunde con el betún. Este acto de sentarse en el alto tronco, con un hombre a nuestros pies, es el único feudalismo de una democracia.

En el restaurante "Miami" están frescas, abiertas, todas las frutas tropicales. Cuba hace los más deliciosos helados y exprime las más dulces frutas.

Aquí están el "caimito", de entraña morada, de una rosa violeta. Y el "anón", verde, con un interior de crema, resonante de semillas. Y el "mamey", que en Oriente se llama "zapote", de cáscara color de tierra y carne roja. Y la "piña", con sus escamas de reptil y sus penachos de indios en la mañana del Descubrimiento. Y los "plátanos", verdes, que se van madurando en el cristal del escaparate. Y la "frita bomba", cuya pulpa es de color naranja y que ha perdido su primitivo nombre de "papaya", porque con él se hacía una alusión procaz. Y el "coco", pelado como una cabeza de mono, con su azucarada agua azul. Y la "guanábana", verde, con puntas y su carne refrescante y suavísima. Y tantas otras. Y pronto vendrán el "mango" y la "chirimoya".

Las máquinas exprimidoras están estrujando el Trópico; trituran las semillas y la piel, donde están las vitaminas. Un jugo dorado. Y otro blanco. Y ese zumo azucarado. Se pierden las formas carnosas, sensuales, redondas, de bodegón, pero se salvan las esencias y los perfumes. Y el zumo se levanta, resucitado, espumeante, en los batidos.

Muy de mañana se encienden los cigarros. Y el sol cae radiante sobre las palmeras de guano verde. ¿Quién ha dicho que el mundo es doloroso y triste la vida?

Cuba sabe reír y bailar. Goza de su minuto presente, sin preocupaciones:

Me gusta por la mañana
Después del café bebido,
Pasearme por la sabana
Con el tabaco encendido.

Algo queda en La Habana del Madrid antiguo y el de la Regencia: esos señores con sombrero de paja, como en las antiguas corridas de "Joselito"; figuras de Méndez Bringa. Y el liberalismo de los periódicos y tertulias. Y la abundancia de cigarros, como para tirarlos al ruedo.

Y algo resta también del Madrid del 14 de abril: Los exilados, que hablan de Prieto y dice don Diego al referirse a Martínez Barrios. Y alguna bandera tricolor, con el morado, en el salón de actos de algún olvidado centro regional.

Y los chicos jugando al "yoyo", como en las vísperas de la Revolución.

Las mujeres habaneras son maravillosas; de enormes ojos, como para recoger toda esa cantidad de sol que cae dorado, incesante, sobre la dulce isla.

Es cierto que se ha desdibujado la antigua criolla, blanca, lánguida, de piano de la península y "volante" de alegres caballos y de lacayos y caleseros negros. Esta muchacha se ha yanquizado. El "Country Club" y el cine son las dos armas de Norteamérica, más poderosas que su bomba de hidrógeno. Pero este americanismo es más a-

parente que real. ¡Figuraos que las divorciadas salen con señoras de compañía; con la antigua “carabina” de Xaudaró y del Real Cinema!

Las mulatas, de color café con leche o de hoja de tabaco, se visten con trajes chillones. Verde limón o rojo. Son flexibles, elásticas, alegres, y sostienen, sin timidez, la mirada de admiración o de amor de los hombres. Aquí, y a causa de ellas, debió de surgir la imagen, tan del siglo pasado, del “talle de palmera”.

Al mediodía hay que ir al “Floridita”, a beberse un “daiquirí” granizado, a base de ron, y a comerse un “cangrejo moro” de poderosas pinzas rojas, esmaltadas de un negro de asta de toro.

Tampoco está mal tomarse un helado en el malecón, mirando a los barcos:

Tres cosas tiene La Habana
Que no las tiene Madrid;
Son el Morro y la Cabaña
Y el ver los barcos venir.

Ahí es nada; en medio de un mundo convulso, doloroso, febril y enloquecido, este lujo supremo de “ver venir a los barcos”.

Porque Cuba, como toda isla, está llena de alusión a los barcos, a los vapores, mejor dicho, aunque ya no echen humo y naveguen con nafta. ¡Vapores del siglo XIX, con emigrantes gallegos y asturianos, con la más poética de las emigraciones, la “emigración golondrina” para la zafra de la caña de azúcar!

Recordad el antiguo juego infantil de prendas: “De La Habana ha venido un barco cargado de...” Hasta que se agotaba la inicial, que en las últimas vueltas, angustiosas, se hacía poesía pura, aglomerando nombres absurdos y discordantes; cargado de “piñas”, “princesas”, “pontífices”, “paquidermos”.

Los vapores tendían tal puente entre Cuba y Galicia que una vez, preguntado el torero “El Gallo” dónde iba a torear aquel año, dio esta respuesta asombrosa: “Debuto en La Coruña, a la vera de La Habana”.

Cuba sabrosa, la de dulces y radiantes mañanas; si las otras Repúblicas americanas fueron las hijas, tú fuiste la novia de España. Y cuando, por ley biológica te fuiste, la matrona Iberia —la de las monedas, los sellos, **La Gaceta** y las escuelas, del siglo pasado, con su alto busto, su corona mural, su león y su balanza— lloró más que por todo el resto de su antiguo poderío.